

## ÍNDICE

Prólogo.....	<i>IX</i>
--------------	-----------

### PRIMER PREMIO

Sábanas <i>Miguel Ángel Toro Riu</i> .....	<i>1</i>
---	----------

### ACCÉSIT

Un regalo de despedida <i>José Fernando Cuenca Gómez</i> .....	<i>27</i>
---	-----------

### SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

El niño de arena <i>John Michaux</i> .....	<i>53</i>
---	-----------

El pacto <i>Antonio José Palacio Bascón</i> .....	<i>81</i>
--	-----------

Desconocido <i>Felipe Trigo Carvajal</i> .....	<i>111</i>
---	------------

SÁBANAS

Miguel Ángel Toro Riu

(Primer premio)

**É**L llama al timbre y deja un petate con ropa sucia. Cuando la señora abre la puerta ya no hay nadie, aunque siempre encuentra una pequeña nota de agradecimiento anticipado clavada con un alfiler. No recuerda su nombre, y su firma, aunque atrae poderosamente su atención (por hermosa y volátil), no revela el nombre del chico. Ella sabe que no es un ningún chaval porque quien les puso en contacto, además de informarle de sus referencias, reveló su edad aproximada, que

fácil que no coincidan porque trabaja en la capital y solo acude al pueblo para dormir, que sus abuelos eran de aquí, de buena familia, y con eso está todo dicho: un señor de fiar, vamos. Aun así, por el simple hecho de mediar entre ellos un importante número de años, para la señora es “el chico” cuando comenta a su marido cualquier circunstancia relativa a los encargos de lavandería semanales.

Es de las pocas cosas que tiene para compartir con él que acostumbra a oírla, pero no suele escucharla. No se lleva a engaño, los usos de las parejas de su entorno, de su edad, de su generación por lo general no difieren y, en el fondo (y en las formas), existe un poso de cariño y de dependencia mutua que ambos dan por válido de manera tácita. El paso de los años ha configurado los moldes que ofrecen tranquilidad a expensas de la frescura; no hay sobre-

saltos, no los necesitan, y han terminado por no precisar tampoco sorpresas chispeantes. Por eso, los encargos del chico, por sus notas, le regalan un tanto de color a la monotonía placentera que no quiere abandonar.

Sin ser ella consciente, gracias al contacto con el chico, ha penetrado tímidamente en modernidades que le provocan chiribitas de excitación. El empeño de este en pagarle a través de una de esas endemoniadas aplicaciones de teléfono móvil, le ha obligado a repensar las capacidades de ese engendro en continua innovación que no mucho tiempo atrás tan solo le servía para recibir y realizar llamadas de voz. Hasta ese momento, ni siquiera utilizaba la agenda. Mantenía los números que más le interesaban en la cabeza, competencia de la cual se sentía extremadamente orgullosa (hasta veintiséis números era capaz de recordar)

y le daba un caché importante entre sus conocidos del pueblo que, ahora, además, no dudan en consultarle cualquier problema derivado de la muchas veces compleja relación entre la edad avanzada y la avanzada tecnología. El uso de mensajes de voz para avisar al chico de la recogida su ropa y el precio del servicio se le antoja tan pueril que prefiere emplear plantillas de texto, con la consiguiente sensación de control tecnológico. Caminando entre dos mundos, no ha dejado de memorizar números de teléfono; *nunca se sabe cuándo van a fallar estos trastos, o cuando te pueden birlar el móvil y cuidado con según que apps con los datos... ¿te has instalado un cortafuegos?... pues deberías*. Siente su orgullo, rústico y añoso, elevarse de la mano de la modernidad, aunque le resulte paradójico.

Devuelve el petate al mismo lugar donde él lo deja, sin notas, no le parece

adecuado; le produce sonrojo verse en tal tesitura. Tal vez lo pruebe en alguna ocasión, más adelante. Y es que últimamente se siente capaz de hacer cosas diferentes, un poco más viva, aunque no tanto como para alejarse demasiado del asidero de su convención septuagenaria. Así las cosas, llegado el momento en que el petate adquiere la esencia del contenido, también lo lavaba, gratis, sin saber muy bien por qué.

Al principio de su relación comercial la ropa olía a varón, indiscutiblemente, pero no de forma excesivamente penetrante en términos generales y en absoluto tan agreste como la ropa de su marido, jubilado hombre de campo. De hecho, le resulta especialmente agradable el olor que desprenden las sábanas... no se atreve a realizar inmersión en ninguna otra prenda, aunque la tentación mordisquea en ocasiones. No, solo las sábanas; pensar en acercarse

a cualquier atuendo se le antoja excesivamente personal sin siquiera imaginar que el chico acostumbra a dormir desnudo. El coto autoimpuesto deja fuera las sábanas que huele sintiéndose culpable, en secreto, teniendo en mente la posibilidad de que alguien puede observar furtivamente a través de la ventana en el momento preciso en que ella las acerca a su cara con ambas manos, de manera voluptuosa.

El primer enfrentamiento de sus sentidos y el lienzo fue un accidente. La poca adherencia de las alpargatas ya le había jugado alguna mala pasada con anterioridad. En aquella ocasión, terminó dando de bruces con el rostro pegado al batiburrillo de prendas preparado para ser introducido en la lavadora sobre la encimera. Se dispuso a jurar en hebreo (de forma recatada, es de justicia decirlo) solo que, al inspirar la fragancia del chico, la región anterior

de su cerebro se atiborró de un recuerdo tan antiguo como su matrimonio. Extendió el momento de reincorporarse, retenida contra la pila por una garra invisible; escudriñó como un hurón, olfateó como un topo, palpó como un pulpo... y se detuvo y repuso avergonzada como ser humano.

Su pequeño vicio se afianza con la misma naturalidad que las gotas de brandy se desprenden en el café con leche de primera hora; una travesura, otro inocente secreto.

Sin embargo, un buen día, las anotaciones del chico comienzan a emitir señales diferentes, más brillantes y evocadoras todavía. No acierta a concretar si se trata de la letra (de mayor ligereza y elongación), de las palabras (notoriamente floridas y alegres) o de unos símbolos que incluye en grupos de entre tres y cinco. Se trata de líneas que parten en aproximada simetría desde un círculo virtual, a modo de peque-

ñas explosiones; a pesar de identificarlos como amables, desconoce su significado... quizás los símbolos que se utilizan en la aplicación de mensajería, solo que plasmadas en papel y que ella, de momento, no ha descubierto. En cuanto al contenido, la cuasi poética gratitud, resulta reseñable y, a la vez que la refulgencia de las notas aumenta, advierte un desajuste similar, y no estrictamente físico, en la fragancia de las sábanas: el aroma del chico sigue ahí, pero solapado por un no sé qué agridulce, no canónicamente agradable, pero... ¿femenino, tal vez?

Dejando de lado la constatación progresiva de ese cambio, el primer día que recibe la ropa de nuevo cuño olfativo, atacada otra vez por esa zarpa imperceptible y tiránica, se descubre con los ojos cerrados, absorbiendo impudicamente el efluvio del petate recién abierto a la altura de la

cara. La untuosidad del aroma arrasa su sistema olfativo como lo haría un vikingo entrando en una abadía, en absoluto desvalimiento, sin otra posibilidad que observar su violenta incursión. Cierra de nuevo el bulto, avergonzada, al instante. De hacer caso a esa, su relativa apreciación, la señora cierra la boca del hato de manera inmediata. No ocurre así: transcurren un par de minutos hasta que recobra la cordura y atranca el origen de su enajenación (quizás a la inversa). Pasan un par de minutos y muchas otras cosas bajo su capa consciente.

Sin ir más lejos, aquella misma noche en la cama, de una manera refleja, su cuerpo se pega al de su marido que, sin despertarse y con un leve movimiento del brazo, la desplaza a la porción de lecho asignada. Se siente aliviada de que él retome sus ferroviarios ronquidos; no habría sabido qué

decir, y es que ella tampoco sabe qué le ha ocurrido. Huye al baño, confundida, perseguida por la congoja, tanto por el abordaje intempestivo, como por la presunción de que ha sufrido algún tipo de pérdida. Una vez sentada sobre la taza, confirma que su capacidad de continencia sigue intacta; para algo tienen que servir los ejercicios pélvicos en los que se afana desde hace años. Aquello que humedece su ropa interior... se trata de una cuestión diferente, casi olvidada. Vuelve la vergüenza. Y como novedad, la incertidumbre. Y como renacida, la deflagración pélvica. Todo junto: el caos.

El caos cada vez que abre el petate y se lanza como una vulgar yonqui en busca de su porción de paraíso. Sin embargo, su droga no extingue el ansia con el consumo de la misma, sino que implica nuevas y aterradoras consideraciones. Sin ir más